GOMEZ SUAREZ DE FIGUEROA, VIAJERO POR EL PERU*

por: Estuardo Núñez

No se habían extinguido los ecos del cruento cerco del Cuzco que organizó y dispuso el brioso caudillo indio Manco Inca, cuando en una casa señorial de esa ciudad, que empezaba a tomar cierta fisonomía española, nació un niño mestizo, el 12 de abril de 1539, a quien su padre, el capitán conquistador Sebastián Garcilaso de la Vega, lo hizo bautizar con el nombre de Gómez Suárez de Figueroa.

El vástago tenía en sus venas sangre imperial pues su madre, la ñusta Isabel Chimpú Ocllo, era nieta de Tupac Inca Yupanqui y sobrina del Inca Huayna Capac, en cuyo gobierno el Imperio había alcanzado su máxima grandeza. El capitán Garcilaso la había conocido en el Cuzco y la hizo compañera suya en aquellos azarosos años de la conquista. El recién nacido era el producto de una simple unión natural, sobrevenida a un posible acto de seducción. Pudo haber habido un

* Discurso leído por el Director de la Academia Peruana de la Lengua en la ceremonia conmemorativa de los 450 años del Nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega, celebrada el 12 de abril de 1989.

precario lazo de amor que duró apenas algo más de una década, al cabo de la cual el capitán acatando recomendación oficial decidió contraer matrimonio con mujer española (Luisa Martel). Para tranquilizar su conciencia, dotó convenientemente a Isabel Chimpu Ocllo a fin de que se casara con Juan del Pedroche, un burdo ex-soldado. No quiso al parecer afrontar el reproche de haber abandonado a la madre de su hijo, quien a la sazón se encontraba ya en los umbrales de la adolescencia.

Durante su primera y segunda infancia el joven hijo del capitán vivió regularmente en compañía de su madre y la familia de ésta. El capitán se ausentaba frecuentemente del Cuzco requerido por las circunstancias emergentes de las guerras civiles entre los conquistadores, siempre en campaña militar o perseguido u oculto en lugar desconocido. La proximidad de la familia materna, sus costumbres, usos y tradiciones impactaron fuertemente la evolución del vástago. No se descuidó su educación "a la española" a cargo, en los primeros años, de un tutor suyo, Juan de Alcobaza, y luego de un clérigo, Juan de Cuéllar, quien lo instruyó en letras divinas y humanas, junto con otros jóvenes mestizos hijos de conquistadores. El canónigo Cuéllar soñaba con que alguno de sus discípulos pudiera seguir, gracias a su talento y latinidades, estudios en la tradicional Universidad de Salamanca.

Pero otra educación más natural y arraigada a la tierra natal recibía espontáneamente el joven mestizo, derivada de las pláticas que escuchaba tentamente de sus parientes maternos, ya de avanzada edad, testigos presenciales no sólo de la conquista española sino de los tiempos de los últimos Incas y de la vida en esa época de esplendor, de paz y prosperidad alcanzada por una organización social hábilmente regulada. Escuchaba el joven esas charlas y discusiones familiares y se iba formando un criterio acerca de ese mundo que constituía su ancestro. El era un hombre de dos universos de pensamiento, de dos sistemas de vida, de dos órdenes de creencias y era considerable y sugestivo ese doble bagaje de experiencias. Fue la suya una infancia si no absolutamente feliz por lo menos

interesante, variada y a veces desconcertante dados sus pocos años. Pero dotado de clara inteligencia y fácil captación, su mente se enriquecía con lo aprendido y con lo vivido familiarmente en esos tiempos memorables en los que, no bien se habían impuesto los españoles sobre los indígenas, ya empezaban los conquistadores a luchar entre sí por el predominio político.

Otros impactos latentes en su aprendizaje constituyeron sus vivencias del paisaje urbano y la naturaleza circundante de la ciudad y alrededores. En sus andanzas juveniles el joven cuzqueño relata algo del Cuzco que vivió intensamente como aquella melancólica referencia acerca del barrio de Collcampata, "el más principal" por haber sido sede tradicional de los Incas:

"Yo alcancé della un galpón muy grande y espacioso que servía de plaza en días lluviosos, para solemnizar en él fiestas principales;... sólo aquel galpón quedaba en pie, cuando salí del Cuzco..."

Así, muchos otros lugares urbanos de antigua data incaica se habían derruido para levantar edificaciones de españoles, entre las cuales estaría su propia casa sobre la plaza del Regocijo o del Cabildo, tal vez levantada como muchas otras utilizando los mismos bloques de piedra de las anteriores fábricas.

Pudo observar cómo se levantaban los templos cristianos, con las piedras desmontadas de recintos incaicos. Pero no alcanzó a ver concluidas ni la iglesia catedral ni la de la Compañía de Jesús, que encuadrarían más tarde la hermosa y extensa plaza principal, pero sí vio levantarse los primeros muros de la primera en 1559, y otras obras menores y muchas casas solariegas de españoles. Al mismo tiempo vivió la inestabilidad de la existencia cuzqueña a causa de las guerras civiles entre los conquistadores, que pusieron en peligro su propio domicilio atacado por los enemigos de su padre. En los momentos de sosiego podía recorrer la ciudad pétrea y obser-

preparativos de viaje. Hizo visitas a sus parientes y condiscípulos y algunos vecinos amigos. No aparecen en sus recuerdos referencias a posibles rupturas de lazos de relación amorosa pero sí hay una explícita visita de despedida al Corregidor del Cuzco, el licenciado Juan Polo de Ondegardo, ilustrado funcionario que había descubierto cinco momias de los Incas, entre ellas posiblemente las de Huiracocha, Tupac Inca Yupanqui y Huayna Capac, su tío bisabuelo materno. Esta experiencia deja honda huella en su espíritu. Era realmente conmovedor que en más de medio siglo transcurrido desde su muerte, esos restos cuidadosamente embalsamados, no habían perdido su apariencia imperial: estaban intactos sus cabellos, piel, manos y sus ornamentos. Acercóse emocionado a esos cuerpos inertes y tocó un dedo de la mano de Huayna Capac que además lucía su cabello cano y sus ojos "bajos como que miraban el suelo".

Al día siguiente pudo aun ver desfilar por las calles cuzqueñas los túmulos cubiertos de esas momias, conducidas hacia la ciudad de los Reyes, ante la silenciosa multitud de indígenas que se prosternaban reverentes y llorosos.

Pero ya se acercaba el día de la partida en ese lluvioso mes de enero de 1560.

Es de imaginar la congoja que embargaría el alma del joven cuzqueño al apartarse de su tierra natal. Dejaba a su madre, a sus parientes maternos, a sus maestros y condiscípulos y amigos de la infancia compañeros de estudio y de paseos y excursiones. Pero la desazón se apaciguó, más adelante, al considerar la oportunidad grata y decisiva de su vida de llegar a conocer la España de sus antepasados paternos, de emprender la entonces riesgosa pero sugestiva travesía por tierra y por mar que además le permitiría visitar otras regiones del Perú y del continente, incluso Lima, la ciudad de los Reyes, la capital del Virreynato, que apenas tenía entonces un cuarto de siglo de fundada.

Hacia el oeste del Cuzco se abrían los caminos que conducían al Chinchaysuyo construidos por los Incas, utilizados con buen éxito por los españoles y que aun provocarían expresiones de admiración y asombro dos o tres siglos después, escritas por los exploradores extranjeros aventurados en las tierras andinas.

Las primeras escalas del viaje, cercanas todavía a la ciudad del Cuzco, le eran ya conocidas por sus excursiones juveniles. Le dijeron poco la verde pampa de Anta, los pueblos de Limatambo, Mollepata, Curahuasi, así como los famosos puentes colgantes, construidos por hábiles manos de indios manipuladores de sogas, trenzados y crisnejas y otras fibras vegetales, que unían ambas bandas de los ríos Apurímac y Pampas. Luego la ruta se abría por una zona en la cuenca de los ríos mencionados, que aún no había transitado. El camino tradicional lo conducía a Huamanga, pero a él le interesaba llegar sobre todo a "la región de los Llanos". Por eso, viró un tanto al sur-oeste, ya sobre la altura, sobre la puna, brava, inhóspita y estéril sobre 5,000 m. de altura, pero extraordinariamente transparente y colorida. Se aproximó así a una región pétrea y nevada, que más tarde se llamaría Castrovirreyna. De las alturas heladas bajaban torrentes para formar las grandes lagunas de Orcococha y Choclococha, las que adornaban con sus verdes y azules el paisaje extraordinario pero enrarecido. El panorama era una revelación de la extraordinaria geografía del país que entonces se le presentaba con nuevas perspectivas antes no imaginadas. Pero su expectativa se incrementaba al acercarse a los Llanos. El camino bajaba de las grandes alturas a quebradas de vegetación próspera y abundante y clima templado de las quebradas floridas y fructíferas. Así pudo llegar al pueblo de Huaitará, el más habitado de los anteriores, punto crucial de los viajeros que se dirigían a la costa, muy frecuentado por los habitantes naturales del país como por los invasores y conquistadores españoles. Se acercaba a la costa sobre la pampa de Villacurí y siguiendo la sinuosa corriente del río Pisco que desemboca en una playa extensa y acogedora y tal vez la más hermosa del Mar del Sur.

De tal suerte, a pocos días de cabalgar pudo solazar sus ojos con la visión del océano inmenso e inabarcable, que superaba las proporciones de que daban cuenta relatos escuchados a tantos viajeros de antaño y hogaño. Un escenario de ese mar infinito, con sus peces variados y sus aves características, múltiples y abrumadoramente cuantiosas, inserta el joven cuzqueño en su relación de viaje, aunque ubicándola en la zona norte del país. En realidad corresponden esas frases a su impresión de la bahía de Paracas, donde se presenta maravillosamente el escenario de la abundancia, vigor y fecundidad natural de las aves marinas, los alcatraces, las gaviotas, los guanayes y los piqueros, generadores de la gran riqueza guanera ubicada en las cercanas islas de San Gallán y Chincha. La primera visión de esta característica naturaleza ambiental, está ofrecido en la página que refiere posiblemente su primera experiencia de la visión del mar en este sector típico de la bahía de Paracas:

“Hay aves marinas que los españoles llaman alcatraces; son poco menores que las avutardas; manteniéndose de pescado; es cosa de mucho gusto ver cómo pescan. A ciertas horas del día por la mañana y por la tarde, debe de ser a las horas en que el pescado se levanta a sobreaguardarse, o cuando las aves tienen más hambre; ellas se ponen juntas como dos torres en alto, y de allí, como halcones de altanería, las alas cerradas, se dejan caer a coger el pescado, y se zabullen y entran debajo del agua hasta que lo pescan; algunas que se han ahogado debe ser por huirles mucho el pescado; y cuando más se certifica la sospecha, las ven salir con el pez, atravesado en la boca, y volando en el aire lo engullen. Es gusto ver caer unas y oír los golpazos que dan en el agua; y al mismo tiempo ver salir otras con la presa hecha, y ver otras que a medio caer se vuelven a levantar y subir en alto, por desconfiar del lance. En suma, es de ver doscientos halcones juntos en altanería que bajan y suben a veces como los martillos del herrero. Sin estas aves andan muchas bandas de

pájaros marinos, en tanta multitud que es increíble lo que de ellas se dijere a quien no las ha visto. Son de todos tamaños, grandes, medianos y chicos. Navegando por la Mar del Sur los miré muchas veces con atención: había bandas tan grandes que de los primeros pájaros a los postreros, me parece que había más de dos leguas de largo; iban volando tantos y tan cerrados que no dejaban penetrar la vista de la otra parte. En su vuelo van cayendo unos en el agua a descansar y otros se levantan de ella que han ya descansado. Cierto es cosa maravillosa ver la multitud de ellos que se levanta el entendimiento a dar gracias a la Eterna Majestad, que crió tanta infinidad de aves; y que la sustenta con otra infinidad de peces; y esto basta de los pájaros marinos".¹

Satisfecha su curiosidad de conocer la amplia perspectiva del inmenso océano, lo esperaba luego el recorrido por los llanos, la costa interminable y desértica, apenas cortada por algunas estribaciones de roca y por valles fecundos como los de Chíncha y el próximo Huarco, con la villa de Cañete, recién fundada cuatro años antes.

Alguna tradición lugareña pudo haber acogido el poeta Juan de Arona acerca del paso del joven peregrino cuzqueño

-
1. Esta hermosa cita se encuentra en otro momento del relato de Garcilaso, o sea cuando continúa narrando las incidencias del viaje marítimo, rumbo a Panamá, después de su estada en Lima. La transposición es pertinente pues el cuadro de las aves marinas en extraordinaria profusión es propia y típica de la bahía de Pisco. Se justifica además esta licencia al parecer arbitraria, porque no es concebible que Garcilaso hubiese llegado a un punto de la costa, por primera vez, sin sentir y saciar la curiosidad de todo hombre andino por contemplar el espectáculo grandioso de la inmensidad del mar y de sus especiales atractivos. Salvamos esta fragilidad de memoria de Garcilaso, explicable en quien escribe de recuerdo casi medio siglo después de lo sucedido, y restituimos el párrafo en donde debiera corresponder, frente a la mar, entre Pisco y Chíncha, cerca del emporio pesquero de las islas, cubiertas por el guano, proveniente de miles de guanays, piqueros y gaviotas.

por ese rico valle, donde encuentra un conocido amigo de su padre, avecindado allí, Garcí-Vásquez, que le sirve de guía y con quien se dirige al puerto cercano para visitar la desmantelada fortaleza de Huarco, que "todavía mostraba lo que fue para más lastimar los que la miraban". Era una imponente construcción incaica, con la clásica piedra labrada, que remataba uno de sus lados con una escalinata pétreo que llegaba hasta el mar y cuyas olas lamían sus filos. El viajero no ocultó su emoción ante el testimonio arquitectónico del poder incaico en paraje tan alejado del Cuzco. El citado poeta romántico relata el paso del viajero por Huarco, en estas cuartetas:

El viajero rancio y remoto,
hospedose en tí, de paso,
el ilustre Garcilaso,
el peruviano Herodoto.

Y según el autor cuenta
entre una y otra patraña,
fue cuando pasaba a España
en mil quinientos sesenta.

Ha tres siglos y cuatro años
Garcí-Vásquez hospedóle
y del fértil Huarco diole
los informes más extraños.

Pues si no se habló aquel día
del *melón* de a libras cien
del *rábano* del buen
Don Mendoza o Don García,

Se habló de un trigo gentil,
trigo sin duda de Dios
Cuando por fanegas dos
Rindió mucho más de mil.

La bondad de la tierra era innegable en este valle y en el próximo de Lunahuaná que igualmente visita el viajero

curioso de averiguar cómo se orienta la producción de esa región agrícola.²

Dejando el valle de Huarco, la curiosidad lo llevó a desviarse de su ruta para conocer prósperas tierras aledañas, donde se hacían notar algunos emplazamientos de grupos de conquistadores y teatro de recientes acontecimientos. Pasó rápidamente por Chilca. Pero lo que atrajo más su atención fue el resto que quedaba de lo que había sido el tradicional templo de Pachacamac, el "gran hacedor", el complejo religioso, maltratado y en parte desbaratado por las huestes de Hernando Pizarro, empeñado en hacer desaparecer el ídolo e instalaciones suntuarias que cobijaba. Ante los deshechos pudo haber evocado los tiempos de esplendor cuando el templo acogía a los peregrinos de todas las regiones del imperio, con el culto suntuoso de sus creencias ancestrales, al "dios no conocido". Recorrió sus terrados y recintos ya despojados de los objetos de culto que eran preciosas obras de oro y plata y valiosa pedrería. Sus contornos, antes florecientes y cultivados, yacían en abandono y ruina. Aquí recordó el joven viajero que:

"el Gobernador (Pizarro) se quedó en el valle de Pachacamac con el deseo de poblar una ciudad en la costa, por gozar del trato y comercio de la mar, para lo cual habiéndolo consultado con los suyos, envió hombres experimentados en la mar, que fuesen a una mano y a otra de la costa, a descubrir algún buen puerto que era lo más importante para su pretensión. Supo de ellos que cuatro leguas de Pachacamac, al norte, había un muy buen puerto, en derecho del valle del Rímac. Fue allí

-
2. En el viaje a caballo del Cuzco a Lima, tras el penoso cruce de tres cordilleras, debe aceptarse la afirmación contenida en el comentario de Guillermo Lohmann Villena y Aurelio Miró Quesada, quienes piensan que pudo ser acompañante del joven mestizo en su recorrido terrestre de Cuzco a Lima, su ayo Juan de Alcobaza, fiel cuidador de su niñez y adolescencia.

habiendo visto el valle y el puerto y sus buenas partes, donde determinó pasar al pueblo que había comenzado a poblar en el valle de Jauja, a treinta leguas del Rímac en tierra adentro”.

Ese pueblo fue Los Reyes o Rímac o Lima, ciudad fundado en 1535, a la que se dirigía, con gran expectativa, el joven cuzqueño. A medida que se acercaba a Los Reyes pudo haber observado un panorama distinto del imaginado. En nada se parecía esa ciudad capital abierta a los vientos del mar cercano y al margen de las primeras estribaciones andinas, a la ciudad natal, enhiesta entre montañas y con pétreas edificaciones antiguas. Más cerca de su recinto, el joven mestizo pudo comprobar otra realidad: el uso del adobón en vez de la piedra, en los propios poblados indígenas que precedían a la urbanización hispánica. Le sorprendió la profusión, entre los sembríos, de “huacas” a un lado y otro del camino que lo llevaba hacia Los Reyes, las que empezaban a ser destinadas a fines distintos de los que inspiraron su construcción. Cruzaba una zona de huertos prósperos que satisfacían las necesidades de la nueva población urbana.

Encontró en la ciudad seguro alojamiento no lejos de la plaza principal y en sus primeros paseos por sus calles lo sorprendió la regularidad de su trazo geométrico, en cuadrángulos, realidad tan diferente del enjambre de calles, callejas, rinconadas y cuestas del Cuzco natal. Sus impresiones son expresivas:

“Trazáronla (a Lima) hermosamente, con una plaza muy grande, si no es tacha que lo sea tan grande, y las calles muy anchas y muy derechas, que (en) cualquiera de las encrucijadas se ven las cuatro partes del campo. Tiene un río que pasa al norte de la ciudad, del cual sacan muchas acequias de agua que riegan los campos y pasan por todas las casas de la ciudad, la cual mirada de lejos es fea porque no tiene tejados de teja... Su clima es caliente y húmedo”.

Se explica su última frase porque era los días caliginosos del verano limeño, en el mes de febrero.

La ciudad no era muy densa y se desarrollaba lentamente. Los solares estaban contruidos a medias, dejando un área considerable a huertas y jardines prósperos. Las calles dejaban unas acequias al descubierto para recibir los desagües. Las construcciones, de gran número de casas, eran provisionales como que todavía la ciudad no tenía sino 25 años de fundada y su mayor desarrollo ocurrió sólo en la época del Virrey Toledo, unos 30 o 40 años después de la visita del joven cuzqueño. Las únicas casas que parecían más cabales eran las de la plaza principal o las próximas a los conventos de franciscanos y dominicos. En general, esas construcciones sólo tenían un piso, con un techo poco firme, según apunta el viajero:

“Como aquella región no llueve en la costa, cubren las casas con esteras de aquella buena paja que allá hay. Echan sobre ellas dos o tres dedos de barro pisado con la misma paja, que basta para sombra que los defienda del sol”.

El joven mestizo pudo advertir que la proximidad de sembríos en huertas y jardines regados con acequias, hacía proliferar bichos molestos, clasificados por él en moscas y mosquitos “diurnos” y “nocturnos”. Estos últimos dotados de zancos resultaron intolerables y en las horas de insomnio por ellos provocado, se dejó picar de ex-profeso para observarlos mejor “que los zancudos golosos de sangre reventaban de hartos”

Se explica un poco la desilusión producida por esa visión de una ciudad primeriza, provisoria en buena parte, chata en su pobre arquitectura con varios templos aún inconclusos como la Catedral y San Francisco, y en general con techos sin la solidez de los tejados cuzqueños. Esos techos con “torta de barro” tal vez mostraban ya las lacras de su destino inevitable de receptáculo de desperdicios y basura. Debió observarlos

así Garcilaso como era usual en todos los viajeros posteriores, desde la cumbre del cerro San Cristóbal.

Buen tiempo dedicó en visitar a algunos amigos de su padre, como el conquistador segoviano Jerónimo de Aliaga de quien pudo ubicar su original casa levantada sobre una huaca adyacente al costado del llamado palacio del Virrey. Pero a la sazón el conquistador Aliaga se había ausentado a España. Quedaron por ver otros vecinos de quienes tenía referencias precisas por los amigos de su padre. Le fueron mostrados otros solares pertenecientes a varios actores de las incidencias de la conquista, pero nada hubo en ello que llamara su atención en su estructura provisional, un tanto improvisada y precaria.

Cosas importantes o atractivos especiales no había entonces en Lima, que vivía los años precedentes al auge y prosperidad del siglo siguiente (el XVII) caracterizado por casas solariegas de dos pisos, ornamentadas con portadas pétreas y característicos balcones lujosos y portones imponentes, contruidos con fina madera importada de Nicaragua. Todavía en 1560 las construcciones eran austeras, como esperando tiempos mejores con el asentamiento del poder virreinal. Así también en ese momento ya se habían extinguido la zozobra e inestabilidad provenientes de las guerras civiles, y gobernaba el Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza (1556-1560), con espíritu constructivo y sentido de la autoridad, quien dispuso la construcción de algunos edificios públicos, organizó la corte y guardia del Virreinato y sometió los cabildos a su gobierno. Se empezaron a manifestar cambios en el papel social de los conquistados y sus descendientes. Debíó encontrar el joven cuzqueño una ciudad en el inicio del crecimiento urbano y del cambio de vida. Se perfilaba una nueva y prospera época y se consolidaba el gobierno virreinal.³

3. Cfr. James Lockhart, *El mundo hispanoperuano 1532-1560*, México, F.C.E., 1982.

En cuanto al ambiente espiritual, Lima ya mostraba los primeros y promisorios signos del florecimiento de expresiones culturales. Apuntaba una generación de escritores de tendencia renacentista, lectores de Dante, Petrarca y otros poetas latinos, españoles y algún portugués como Camoens; que en pequeños cenáculos recitaban y discutían sus creaciones. Se daban en Lima las primeras representaciones teatrales con ocasión de fiestas religiosas en los atrios de las iglesias. Surgían estudiosos de la filosofía tomista, de la historia y de la retórica latina y castellana en los claustros de la orden religiosa entonces más ilustrada o sea la de los dominicos, en cuyos claustros se había establecido, en forma ya oficial por Real Cédula de 1551, la Universidad de San Marcos y cuyo fundador fray Tomás de San Martín había muerto en Lima en 1555, pero a quien el joven cuzqueño pudo haber conocido en Cuzco, en fecha anterior; y empezaban a graduarse con gran boato estudiantes nacidos en el país.

Pudo haber hallado en Lima más de un misionero versado en la lengua quechua, la cual el hijo de Chimpú Ocllo dominaba como lengua materna.

Aunque no hubiera sido por el llamado del armador de un barco próximo a zarpar del Callao, no habría el joven inca tomado la dolorosa decisión de deshacerse de su caballo, un alazán de fina raza andaluza, descendiente de aquellos llegados con Pizarro y con los primeros conquistadores, o tal vez con los que trajo Pedro de Alvarado de Guatemala, pertenecientes a las huestes de Cortés. El caballo debió haber servido a su padre, el capitán Garcilaso, venido también de Guatemala con Alvarado, quien cedió a Pizarro y Almagro todas sus vituallas, armamento, aperos, arreos y animales, a cambio de una crecida indemnización por su fallida empresa de querer conquistar lo que ya estaba conquistado.

El joven inca demostró especial afecto por ese caballo tan vinculado a los suyos y a su experiencia de viaje por el Perú. Gracias a él había podido vencer el difícil y quebrado

camino entre Cuzco y Lima, estableciéndose una unidad de comprensión puesta en evidencia cuando recurre a un escribano público para sentar el acta de su venta en precio elevado. Perteneció sin duda ese corcel a aquella estirpe que el suntoso poeta José Santos Chocano, cantó con aliento épico:

¡Los caballos eran fuertes!

¡Los caballos eran ágiles!

Sus pescuezos eran finos

y sus ancas relucientes

y sus cascos musicales...

Mostraría una especial afección por ese caballo, hermoso ejemplar, que había mostrado su destreza en la larga jornada de Cuzco a Lima, compenetrado con los impulsos de su amo, por sendas inacabables de alturas andinas inverosímiles.

A fines de marzo de 1560, el joven mestizo dejaba la capital del Virreinato para embarcarse en el Callao en una nave velera con rumbo a Panamá. La travesía le permitió percibir a la distancia la extensa perspectiva de la costa desértica con escasos oasis de vegetación. Tal vez hizo algunas escalas en Huaura, en Huarmey, en Huanchaco para conocer Chan-Chán o en Tumbes, lugar de la primera entrada de los españoles conquistadores del Perú. Avanzando hacia el norte, cruzando la línea ecuatorial, tocó Puerto Viejo, donde había desembarcado su padre viniendo desde Guatemala. Vivió la experiencia de algunas "calmas", fenómeno común en esa zona de frecuente ausencia de vientos, que solían demorar el viaje marítimo en forma a veces indefinida, como la que lo detuvo cerca de la isla Gorgona.

Desde el mar tuvo cabal idea de la vasta extensión de la costa o de los llanos, como se solía llamar entonces a esa extensa lonja de tierra costera en donde sus pocos valles forman ubérrimos complejos que cortan el arenal gris al lado del verde del océano, cuyo rítmico rumor anima el silencio del desierto ribereño.

Ante el espectáculo del Mar del Sur, por el que navegaba Garcilaso pudo comprender por qué los conquistadores acertaron en establecer la capital del Virreinato en una ciudad de la costa, dada su importancia para la comunicación con el exterior. El estado incaico fue imperio cerrado pero el nuevo estado virreinal lo era continental y abierto al resto del mundo. A ese mundo se dirigía Garcilaso en pos de cultura y realización humana.

Observó nuevamente la abundancia de aves y de peces en un mar rico en posibilidades de vida que los indios desde antiguo sabían aprovechar con eficiencia. Se cruzó en la ruta con otras embarcaciones menores y mayores, que daban testimonio de un movimiento comercial intenso entre puertos y caletas del litoral del Mar del Sur.

Quedaron atrás las lejanas imágenes de las cumbres andinas, que se perdieron de vista desde el océano, cuando el barco se acercaba al punto de su destino, Panamá. Allí hubo de desembarcar para emprender por tierra el cruce del istmo, a lomo de mula, en clima inhóspito, con humedad y calor intensos, bajo el azote de plagas como la malaria y con la amenaza del ataque de esclavos negros cimarrones o prófugos, que vivían del asalto a pasajeros. Sin mayor incidencia esta vez, el joven cuzqueño pudo alcanzar finalmente la población de Nombre de Dios, el puerto panameño sobre el Caribe que después se denominaría Colón, donde encontró a varios viajeros que venían de España, pertenecientes al séquito del Conde de Nieva, que como nuevo Virrey se dirigía al Perú. Trasladándose al vecino Portobelo, con alguna espera, y luego a Cartagena, prosiguió su viaje en la flota que partía para España. La estada en Cartagena, última escala en tierra americana, ha sido puntualmente descrita por un notable historiador:

“Sobre la tierra baja, entre la doble ribera del mar y la bahía, y avanzando por puentes de madera hacia las zonas menos pantanosas y más lejanas de las inundaciones, se había ido formando una

ciudad que se anunciaba ya como el baluarte que defendería las riquezas y aseguraría las comunicaciones de la valiosa América del Sur. Aunque no tenía entonces las murallas que iba a hacerla luego tan famosa, se había empezado a construir un fuerte en la entrada de Boca Grande⁴

El Atlántico se abrió espléndido y poco tormentoso a lo largo de varias semanas. El joven cuzqueño no deja impresión alguna de este tramo del viaje. Sin duda lo ocupaba la incertidumbre y la expectativa de ver y vivir la tierra española tan añorada.

Su llegada a España significa la iniciación de otra etapa vital. Será la etapa de madurez, en la cual se desenvolverán sus posibilidades en varios escenarios españoles: en Navarra, en Granada (los montes Alpujarras), en varias comarcas de Andalucía, a saber, Sevilla, Montilla, Córdoba, Las Posadas, y por supuesto Madrid. A los tres años de su arribo a la península, a fines de 1563, decide fijar su residencia en España, en vista de la frustración de su propósito de regresar al Perú, al serle denegado el permiso oficial y, al efecto, gestiona y obtiene el cambio de su nombre, adoptando el patronímico que ostentara su padre, Garcilaso de la Vega, nombre al que antepone "el Inca", como índice de diferenciación. Con él, treinta años después de su llegada, da comienzo a su trayectoria de escritor. Ha empezado entonces su fructuosa etapa de hombre maduro y sedentario, cultor de las letras, como escritor de fama. En todo ostentará la primacía de fundador, en vida y en letras.

Al fin de su vida se consagra como el autor de los dos volúmenes de sus *Comentarios* (el segundo con un título *Historia general* agregado por su editor). Son textos de clásica factura que llevan implícitas varias facetas de su ingenio

4. José de la Riva-Agüero, *Obras completas*, tomo VI, De Garcilaso a Eguren, Lima, 1962.

creador, tales como: la historia del imperio incaico; unas memorias fragmenticias; unas dispersas y breves impresiones de viaje por el antiguo Perú y también por la ruta hacia España; otras impresiones sobre aisladas incidencias en Sevilla, Madrid, Montilla y Córdoba; varios intentos biográficos de algunas personalidades, entre ellas principalmente la de su padre el conquistador y, finalmente, al lado de un esbozo genealógico, un alegato de buena probanza de servicios del mismo progenitor.

En resumen, el "Inca" Garcilaso significa —como lo apunta Aurelio Miró Quesada— el encuentro de dos mundos, el paradigma del mestizaje. Ostenta condición primeriza en todo, como la de ser uno de los primeros mestizos nacidos en América Meridional, también la situación de primer mestizo que viaja a España, de primer peruano que guerrea en Europa, de primer escritor peruano en lengua castellana, de primer sudamericano que publica en España, de primer americano que recibe el grado militar como capitán de los tercios del rey,⁵ antes de cumplir los treinta años, y finalmente el galardón de primer americano que accede a figurar entre los autores del Siglo de Oro de la literatura española⁶.

La obra fundamental de Garcilaso —*Los Comentarios Reales*— que obviamente no lo son del rey sino de la realidad y de una realidad muy íntima, constituye una vuelta simbólica a los lares natales, luego de su experiencia como viajero y como probador de fortuna en España, un retorno a lo suyo que era el mundo de sus antepasados maternos, los Incas, y al mundo de la conquista, en el que como español avecindado en el Perú había vivido su padre. Como no le fue permitido regresar a su tierra natal y como la nostalgia seguramente creció con los años y como creció también la necesidad de afirmar su identidad, Garcilaso decidiría ese viaje ficticio, esta vez en la

5. Aurelio Miró Quesada Sosa, *"El Inca Garcilaso"*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1948, p. 85.

literatura, como lo eran y lo son en el fondo, las grandes obras literarias. Así escribe en la madurez, en la plenitud de sus capacidades literarias entrenadas, aprestadas y probadas en obras previas que fueron una traducción literaria de obra ajena —*Los diálogos de amor*— y una suerte de narración histórica de un momento que no había vivido: la conquista de *La Florida*. Consciente de su capacidad para ese menester intelectual, escribe los dos volúmenes capitales por los que se le recuerda en el proceso cultural del Perú, que por bien escritas se consideran en el acervo de la bibliografía del Siglo de Oro de la literatura española.

Esas “memorias” literarias o *Comentarios* entrañan en buena cuenta un relato de viaje por un sector del mundo americano, o si se quiere también un paseo por los rincones escondidos o las intenciones reprimidas de su memoria, acumulados desde los años de infancia y juventud, un sumergirse en la raíz de la nostalgia que lo invadía, ya sexagenario un dramático y apasionado impulso de regreso a la semilla, a lo más auténtico de su bivalente ser americano.

Día del Idioma. Discurso de Orden a cargo del académico don Andrés Aramburú Menchaca (23 de abril de 1989).